LITORALPRESS

Fecha: 03-06-2025
Medio: Le Monde Diplomatique
Supl. : Le Monde Diplomatique
Tipo: Noticia general
Título: La verdad de las mentiras: un caso de no ficción

Pág. : 9
Cm2: 654,1
VPE: $ 1.230.391

Tiraje: 6.200
Lectoría: 18.600
Favorabilidad: No Definida

USACH

ENSAYO

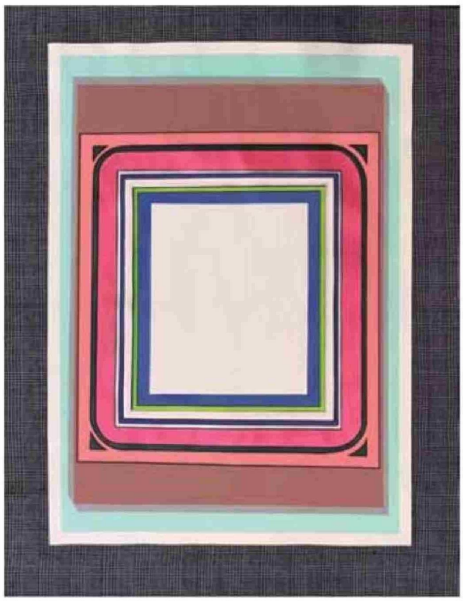
La verdad de las mentiras: un caso de no ficción

por Roberto F. Vera Salazar*

En su serie de ensayos "La verdad de las mentiras", Mario Vargas Llosa nos recuerda que la ficción literaria, paradójicamente, puede ser el camino más sincero para explorar las pasiones humanas. Mentir en literatura, sostiene, es una forma refinada de decir la verdad. Esta idea, aunque provocadora, nos obliga a revisar el lugar ambiguo que ocupa la mentira en la vida cotidiana. Si bien desde una perspectiva religiosa, especialmente judeocristiana, mentir ha sido considerado un acto moralmente condenable y contrario a la voluntad divina, otras miradas menos dogmáticas lo comprenden como una herramienta evolutivamente conservada. Richard Dawkins advertía en "The Selfish Gene" que, en un mundo de mentirosos, la honestidad puede ser una desventaja adaptativa; y Yuval Noah Harari señalaba que, nuestras civilizaciones se han construido sobre ficciones compartidas que, aunque ilusorias, resultan indispensables.

Con independencia de la perspectiva, la mentira se manifiesta como un fenómeno estructural, presente tanto en los grandes relatos históricos como en la intimidad del hogar. Mentimos al proteger a un niño de una verdad que consideramos demasiado cruda, o al sostener mitos religiosos y nacionales cuya veracidad objetiva es discutible, pero que cohesionan y orientan. Sin embargo, es el contexto el que define el juicio moral sobre cada mentira. El engaño del "Viejo Pascuero" parece inofensivo; pero decirle a un niño que su padre ha viajado cuando en realidad ha abandonado el hogar, produce una herida más profunda. Aquí se distinguen las "mentiras piadosas" de aquellas que, aunque bien intencionadas, generan dolor o desorientación.

El derecho penal reconoce esta ambivalencia mediante figuras como el estado de necesidad, que justifica ciertos actos si evitan un mal mayor. Pero incluso en estos casos, como en el atroz ejemplo de adultos que amputan a menores para hacerlos más "efectivos" en la mendicidad, la necesidad no borra el daño ni la mentira. La manipulación de fines altruistas para justificar acciones abominables confiere a ciertas mentiras un carácter particularmente siniestro. La mentira no desaparece bajo pretextos; se transforma, se maquilla, pero deja huellas. En este marco, resulta especialmente preocupante la práctica de ciertos sectores institucionales —como algunas órdenes religiosas— que recurren a elaboradas formas de disimulo para encubrir decisiones impopulares o injustificadas. El reciente cierre de un colegio católico, ejecutado con una retórica eclesiástica cuidadosamente ambigua, evidencia la sofisticación con que se puede encubrir un acto bajo capas de liturgia vacía y lenguaje prudente. La prolongada ausencia de frailes en la vida cotidiana del colegio, seguida de su repentina aparición sólo para anunciar el cierre, configura una dramaturgia del abandono. Aquí, la mentira no sólo se manifiesta en lo dicho, sino también en el momento, el gesto y el silencio que la rodea.



Tomás Rivas, de la serie *Entabladura*, Goldy Glassman C.D.D. (Acrílico sobre papel), 2024 (Gentileza Galería Madre)

En una especie de acto litúrgico tan opaco como ridículo y, ante una audiencia deseosa de escuchar palabras llenas de misericordia y empatía por parte de una Orden religiosa —pura candidez aprendida de cultura también católica— se pudo constatar que, la mentira resulta ser más perversa dependiendo de quién y cómo la practique. Si al engaño se le otorga un halo, en que todo lo que se diga es parte de un proceso y que la decisión de cierre del colegio es producto directo y causal del preclaro discernimiento en reflexión y oración colectiva de la Orden religiosa, entonces es cuando la mentira se muestra en un mismo acto como la mejor "política evolutiva de sobrevivencia" y el peor acto egoísta. Ese acto, condena a una comunidad de niños y jóvenes no por un estado de necesidad de una Orden, sino por conveniencia institucional.

Ese acto de cierre, a todas luces una engañifa ramplona, abofetea a una institución social fundamental en la construcción del tejido simbólico, moral y cultural de una sociedad.

Así, cuando la ficción sirve para proteger o edificar, puede ser perdonada o incluso celebrada. Pero cuando se emplea como velo para ocultar decisiones arbitrarias, se convierte en una forma de violencia simbólica. La mentira institucional —sobre todo aquella que afecta a los más vulnerables: niños, familias, comunidades— es una expresión de poder que envejece muy mal en la memoria colectiva. Muchas de las ficciones eclesiásticas, antaño aceptadas con devoción, hoy son revisadas con escepticismo o indignación. En una época en que la ciudadanía exige transparencia y rendición de cuentas, ocultar la verdad con adornos doctrinales no sólo es anacrónico: es éticamente insostenible. En consecuencia, la mentira, cuando se institucionaliza, pierde toda inocencia. Por todo ello, nada es tan brutal como una mentira dicha con el ensayado tono pastoral de una Orden en el contexto de explicar las razones de un cierre de actividades educativas. Porque esa mentira, simplemente se deja caer como el incienso que flota en el aire sin que nadie pueda detenerlo. La mentira, en estas versiones eclesiásticas, no miente como Judas, con beso y traición directa. Miente como Pilatos: lavándose las manos.

El cierre del colegio no es un evento aislado, sino un síntoma. Un síntoma de esa enfermedad crónica de las instituciones que aún creen que el tiempo y la liturgia bastan para absolver el pecado del ocultamiento. Pero las mentiras envejecen mal. La historia —esa paciente notaria de los siglos— no olvida. Y lo que hoy se intenta administrar como "reorganización", mañana será leído como deserción. Lo que hoy se presenta como "reflexivodiscernimiento", mañana será visto como cobardía revestida de cálculo. Pues, cada palabra no dicha, cada frase carente de contenido, cada promesa implícita no cumplida, quedará inscrita no sólo en actas, sino en las mentes de niños y niñas que aprendieron, sin querer, que los adultos también mienten, y que las instituciones también traicionan.

Lo anterior, no sólo puede ser visto desde una vertiente ética o moral, pues sabemos desde la neurociencia algunos datos tan inquietantes como penosos dentro del contexto que nos ocupa. Estudios de Tali Sharot y Neil Garrett muestran que el cerebro humano se adapta a la mentira. Cada vez que se miente, la amígdala —centro del procesamiento emocional— responde con menor intensidad. Se insensibiliza. Mentir se vuelve hábito, y lo más grave: deja de doler. Pero el daño mayor ocurre en quienes escuchan y aprenden. El aprendizaje vicario —ese mecanismo poderoso mediante el cual los niños aprenden no sólo lo que se dice, sino lo que se hace— se ve corrompido.

Aquí la ironía es derechamente escandalosa: una Orden fundada para combatir la ignorancia con la Palabra Verdadera hoy opta por el silencio hábil. Un silencio que demuestra que esos religiosos parecen comprender mucho mejor la lógica utilitaria de Milton Friedman, que subordina lo social al mercado, que su propia esencia teológica, hallando su epílogo ético en las mañosas formas del cierre del colegio que demuestran que la rentabilidad eclipsa a la dignidad, produciendo que la infancia —último refugio de lo humano— se vuelva prescindible. Con todo, el simplón legado de la Orden parece reducido a un logotipo institucional grabado en mármol.

A lo largo de la historia, las mentiras institucionales han gozado de impunidad temporal. Pero el juicio siempre llega. Pregúntese a la Iglesia anglicana por sus silencios en tiempos de colonización. Pregúntese al Vaticano por el índice de libros prohibidos. Las grandes omisiones del pasado hoy son vergüenzas impresas en los libros de historia. Y las de hoy —tan maquilladas, tan "discernidas"— lo serán también.

Un concepto que deberíamos exportar desde Japón, es el de la responsabilidad colectiva basado esencialmente en que la mentira más que culpa, genera vergüenza (haji). Ésta es el motor de la corrección moral. Cuando alguien miente y esa mentira se revela, no solo afecta al individuo, sino también a su familia, comunidad o institución. La reparación en Japón implica reconocimiento público del error, muchas veces mediante disculpas formales (como el dogeza, inclinarse profundamente hasta el suelo); asunción de consecuencias concretas, incluyendo renuncias, aislamiento voluntario o gestos de expiación simbólica; actos de reparación material o moral, como donaciones, servicios a la comunidad o retiro de la vida pública ¿Cómo impactaría ese tipo de acciones reparatorias en los niños que han visto derrumbarse su comunidad, sin entender razones? Con seguridad, ninguna de esas medidas asomará en la colectividad religiosa católica que abandona hoy a su comunidad.

Sin embargo, la verdad, aunque incómoda, siempre resucita. Las mentiras, en cambio, envejecen como leche al sol. Y lo peor de todo: no hacen menos daño por ser piadosas o dichas por alguien que viste una impecable sotana blanca. ■

*Prof. Klgo. Roberto F. Vera Salazar MSc. Profesor Asociado Escuela de Kinesiología. Facultad de Ciencias Médicas. Universidad de Santiago